

# ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EN LAS EXEQUIAS

DEL SEÑOR DON. DON

**VICENTE PIEDRAHITA,**

POR EL PRESBITERO

**FEDERICO GONZALEZ SUAREZ.**



**QUITO,**

---

**1878.**

---

IMPRESA DEL CLERO, POR JOSE GUZMAN ALMEIDA.

---

## LAS EXEQUIAS DEL 17 DEL PRESENTE MES.

---

Hoy se celebraron en el templo de la Compañía de Jesus pomposas exéquias en sufragio del alma del ecuatoriano ilustre, señor don Vicente Piedrahita (Q. D. D. G.). Las augustas ceremonias á que hemos asistido, han preocupado la mente con graves y dolorosas reflexiones, bajo cuya influencia trazamos estas líneas. Difícil nos será dar, siquiera una vaga idea, de la magnificencia y pompa que en esta vez se ha desplegado para honrar la memoria de un esclarecido ciudadano en la culta y piadosa capital. Así y todo, deber nuestro es reseñar, aunque no menudamente, lo que hemos presenciado en este día, que será de grata recordacion en lo porvenir.

Desde ayer por la tarde el triste y prolongado clamoreo de las campanas, heridas á la par en casi todos los campanarios de la ciudad, nos anunció que la Iglesia, nuestra dulce y tierna madre, nos convidaba á mezclar sus lágrimas y oraciones con las nuestras, por la eterna partida y el descanso de un hijo fiel de ella. Nuestro dolor, que un tanto amortiguado se mantenía, encontró nuevo argumento para avivarse, para execrar al crimen y al criminal y elevar al cielo nuestras preces por el sin ventura hermano nuestro, súbitamente herido de muerte por brazo aleve y feroz.

El interés, celo y diligencia de muchas respetables

personas de esta sociedad para honrar la memoria del malogrado señor Piedrahita, han sido recompensados largamente con el satisfactorio éxito de la función límbre que hoy se efectuó. El grande y magnífico templo de la Compañía, *templo salomónico*, según la atinada expresión de un elocuente orador sagrado, se hallaba magníficamente decorado con el gusto y propiedad que caracterizan las obras de los Padres jesuitas. Desde que penetramos en el sagrado recinto, grave y religioso pavor apoderóse de nosotros. El elevado catafalco, en el que ardian innumerables cirios, llegaba hasta el arranque de la ancha nave principal; en él se ostentaban blancas estatuas que representaban la Fé, la Esperanza y la Caridad, llevando sendas coronas y palmas, emblemas del premio que alcanzan los hijos fieles de la Iglesia que, en abierta lucha con el mundo, supieron alcanzar victoria. Las columnas y naves laterales se hallaban cubiertas con paños de duelo, y la escasa luz que penetraba en el templo, aumentaba su aspecto tétrico é imponente. A las diez del día, hora en que principiaron los oficios, se hallaba ocupado el recinto sagrado en todos sus ámbitos por la concurrencia más numerosa y escogida que jamás hemos visto. No vacilamos en asegurar que allí estuvo congregada la flor y la nata, como se suele decir, de nuestra piadosa y culta sociedad: allí se veía á todos los representantes del talento y la ciencia, de la riqueza y propiedad: abogados y médicos, sacerdotes, literatos y comerciantes, en fin, todas las profesiones y artes allí se hallaron representadas. Nuestras matronas y señoritas se habian dado cita para confundir sus gemidos y oraciones: nosotros vimos sus lágrimas, ese consuelo supremo de las supremas amarguras; oímos sus suspiros, esos mensajeros en lo alto de las plegarias que de sus castos lábios se exhalaban. ¿Qué sería de la vida si en ella no hubiese lágrimas que mitigasen la amargura amarguísima del alma?

Las cien voces de la orquesta atronaron sorda y tristemente en la casa de Dios, y los ecos profundos y gemidores del oficio de difuntos, cantado por los mejores artistas de la capital, pusieron un santo pavor en nuestro pecho y elevaron la mente á la consideracion de las austeras y sublimes verdades de nuestra augusta Religion. Acabada la misa, mostróse en la cátedra sagrada el orador elocuente y tierno, señor doctor Federico González Suárez, y pronunció con acento grave y conmovido la oracion fúnebre que insertamos á continuacion. Aquí nos falta aliento y nos confesamos insuficientes para traducir las profundas y diversas impresiones que el patético discurso nos hizo experimentar. Cuando el sentimiento se desborda, y el corazon estrujado y quebrantado por un dolor sin nombre se halla exánime y rendido, la lengua enmudece, la pluma se resiste á trasladar al papel las encontradas emociones de que es presa nuestro espíritu. Silencio profundo y religioso reinaba en la apretada muchedumbre, interrumpido sólo por la voz imponente y grave del orador y por el ceceo inarticulado y suave de entrecortados sollozos. ¿Quién, por ventura, permaneció insensible en momentos tan dolorosos? Vimos muchos pañuelos en los ojos, sorprendimos hondos suspiros que iban á refugiarse, demandando paz y misericordia, en el seno del Padre universal. Bien haya el sacerdote virtuoso y elocuente, el literato aventajado y laborioso que tan á maravilla supo corresponder al encargo recibido! Para él la satisfaccion que causa el deber cumplido; para nosotros profunda gratitud y admiracion por sus relevantes prendas.

Las ceremonias religiosas concluyeron á las doce y media del día, y el numeroso duelo, compuesto de los pocos parientes del ilustre difunto que moran en la capital y de muchos de sus amigos, despidió en la puerta del templo á la inmensa concurrencia, en tanto clamoreaban las campanas de la ciudad.

Argumento para graves y dolorosas meditaciones nos ha dado la funcion fúnebre que acabamos de presenciar. De tres largos años atras llevamos ejercicio har-to difícil y penoso: derramar amargas lágrimas sobre tumbas que encierran los despojos de ilustres ciudadanos, esperanza y prez de esta pobre patria, y execrar al crimen y á los criminales que nos los han arrebatado. Pérdidas lamentables que, sobre no tener reparo, huér-fanos y débiles nos dejan: orfandad y flaqueza que su-ben de punto si se considera que, minorando el núme-ro de los buenos y honrados, de los inteligentes y pa-triotas, multiplíquese el de los malos é ignorantes, de los ruines y perversos.

Cuando en una sociedad las leyes morales se des-precian ó vienen á ménos; cuando se rompe el freno sa-ludable del deber; cuando las leyes son nulas é inefica-ces para reprimir el crimen y contener sus estragos..... no, no hay remedio: esa sociedad camina necesariamente al desórden y ruina, al desquiciamiento y al caos. Cuan-do, no la fé, sino el grosero materialismo se alberga en la humana inteligencia; y las cosas más santas se escar-necen, y la virtud, peregrina y vergonzante, no halla dónde hacer manida, crímenes espantosos visitan á los pueblos, y sus víctimas se cuentan por el número de vir-tuosos, honrados é inteligentes ciudadanos que en ellos moran, y las épocas de feroz barbarie se reproducen con su tremendo cortejo de guerras, sangre y desolacion.

Piedrahita ha muerto, y ha muerto creyendo como cristiano y esperando mejor vida. Fué aquí en la tierra ejemplar de virtudes públicas y domésticas; bien naci-do, liberalmente dotado por la naturaleza, apuesto, de maneras cultas y de carácter enérgico, gastó su exis-tencia en servir á la patria, en estudiar y llegar á ser mejor. ¡Y nos le han arrebatado en la plenitud de su vida, en el estío de su madurez, cuando tántos y tan bien sazonados frutos de él esperábamos! Pero Piedra-

hita ha conquistado la inmortalidad, y su memoria no morirá en el corazón de ningún honrado ecuatoriano, porque vivió y murió asido de la Cruz redentora, símbolo de esperanza y galardón.

Lágrimas no pedimos ya sobre su tumba: las hemos vertido amarguísimas y abundantes; hemos orado también por el eterno descanso de su alma: tributo amoroso que obliga á todo pecho bien nacido, á todo cristiano corazón. De hoy más, las lágrimas serán estériles, inútiles los gemidos del ánimo contristado. El crimen, hosco y amenazador, se cierne sobre nuestras cabezas; con la impunidad cobra nuevos bríos; con la sangre que vierte, como borracho busca en quien cebar su inclinación satánica. Allá en sus tenebrosas guaridas, acaso ha escogido ya una nueva víctima, y se apresta á caer sobre ella de sobresalto y á acabarle. . . . ¿Serémos espectadores impávidos de los males que á la patria sobrevienen? Acudamos al remedio prontamente. Deber es de la sociedad que se ve amenazada y herida de muerte por venenosas víboras acudir á su reparo conjurando los males que la postran. Que si no se ahuyenta al crimen y se castiga al criminal, si no se refrena el desatado torrente de pasiones desapoderadas y feroces, ah! presto llegará el día en que, viviendo estemos muertos, con harta envidia de los que fueron!!

*Quito, Octubre 17 de 1878.*





**ORACION FUNEBRE**  
**PRONUNCIADA EN LAS EXEQUIAS**

DEL SEÑOR DOR. DON

**VICENTE PIEDRAHITA,**

EN LA IGLESIA DE LOS P. P. DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

EL 17 DE OCTUBRE DE 1878,

POR EL PRESBITERO

**Federico González Suárez.**

---

*Vox in excelso audita est lamentationis, luctus et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis, quia non sunt.*

Allá en lo alto se han oido voces de lamentos, de duelo y de gemidos, y son de Raquel, que llora sus hijos y no quiere admitir consuelo en órden á la muerte de ellos, porque ya no existen.

JEREMÍAS. CAP. 31. v. 15.

---

Conmovido y casi embarazado me siento en este instante, Señores. Acabais de presenciar una de las mas augustas ceremonias de la Iglesia; las últimas, tris-tísimas, notas del canto sagrado se han apagado apénas bajo las bóvedas del templo, y los lúgubres quejidos del

órgano, que en este instante acaba tambien de callar, parecen un ay lejano, que desde las misteriosas regiones de la eternidad hubiese llegado á la tierra, enviado acá por los muertos. Vuestra alma, sin duda ninguna, como la mia, se siente en este momento abrumada con el peso de dolorosos recuerdos y desconsoladoras reflexiones: circunstancias idénticas traen á mi memoria en este instante, á pesar mio, recuerdos semejantes. Yo no sé, Señores, qué fatal destino me ha cabido en el ejercicio de mi santo ministerio: en el corto tiempo que llevo de sacerdocio, ¡cuántas veces he ocupado ya la cátedra sagrada para desempeñar un ministerio, semejante al que ahora voy á desempeñar, y en circunstancias tan tristes como las presentes! De repente, un dia, cuando ménos se pensaba, un grito de horror resonó de un extremo al otro de la República y, en medio de la confusion y el espanto causados en todas partes por un gran crimen, hube yo de presentarme en la cátedra sagrada para hablar en nombre de la justicia y el reconocimiento: pocos dias despues, otro crimen más grande, un crimen inaudito, un crimen sin ejemplo, me forzó á presentarme segunda vez en la cátedra sagrada, de la cual puedo decir que aun no habia bajado, cuando el duelo general de la Iglesia católica en la muerte de su Pontífice me hizo aparecer nuevamente en ella, rodeado en esa ocasion de un auditorio, tan nuevo para mí, como inesperado. Hoy me habeis pedido que suba á este lugar: heme, pues, aquí; pero, ¡ay! tambien un crimen es ahora la ocasion, que me ha hecho ocupar, cuando ménos lo pensaba, esta santa cátedra! y ahora tambien una víctima inocente é ilustre va á ser el objeto de mi discurso! . . . Un Papa, un Arzobispo, un Presidente. . . . El primero muere cautivo. . . . los otros dos. . . . ¡Ah! Señores! . . . perdonadme, si no me atrevo á recordar como murieron. . . . ¡ Pio IX, Monseñor Checa, García Moreno. . . . ¡ qué muertos, Señores!! . . . Ayer un gran Papa. . . . un Ar-

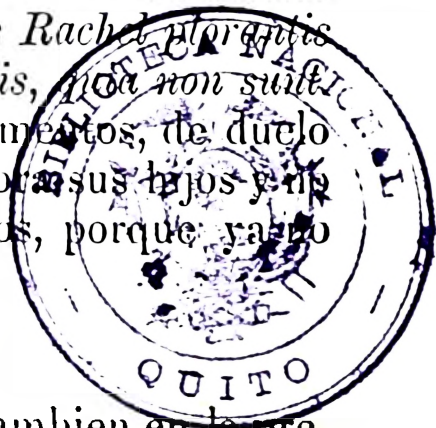


zobispo y un Presidente tambien grandes!! . . . hoy un ciudadano benemérito!! . . . La cárcel, el veneno, el puñal ayer . . . hoy tambien una arma homicida . . . ¡Ah! cuán justo es que exclamemos con el profeta de la desolacion y ruina de Jerusalem . . .” Hánse oido allá en lo alto voces de lamentos, de duelo y de gemidos, y son de Raquel, que llora sus hijos, ni quiere admitir consuelo en órden á la muerte de ellos, porque ya no existen.” *Vox in excelso audita est lamentacionis, luctus et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis, quia non sunt.* ¡Oh! sí; dejadme exclamar de esta manera ahora cuando el dolor no cabe ya en los pechos. Los campos de la Patria se han convertido en vastas sepulturas y tres veces se ha empapado en sangre la tierra ecuatoriana: la mano del hombre ha competido con el tiempo en amontonar ruinas; las pasiones no domadas disputaron á la muerte su guadaña destructora y hubo dia en que la tumba devoró de una sola vez tres generaciones!!.

Por esto sin esfuerzo, ni trabajo alguno, al presentarme en este lugar, mas bien que de mis labios ha salido de mi corazon el grito del profeta: *Vox in excelso audita est lamentacionis, luctus et fletus Rachel plorantis filios suos et nolentis consolari super eis, quia non sunt.* Allá en lo alto se han oido voces de lamentos, de duelo y de gemidos, y son de Raquel que llora sus hijos y ni quiere admitir consuelo en órden á ellos, porque ya no existen.

## I.

Como en las ocasiones pasadas, tambien en la presente me limitaré á ofrecer á vuestra consideracion algunas reflexiones acerca de las enseñanzas de la Iglesia católica sobre el eterno destino reservado para los hombres despues de la muerte. Santo es, Señores, el lugar que estoy ocupando; santas las ceremonias que acaban



de practicarse, piadoso el objeto con que nos hemos congregado aquí. . . . santas deben ser por lo mismo mis palabras. ¡Ah! Señores, á los muertos no debemos sino oraciones y sufragios para el descanso de sus almas y la verdad pura y sincera en alabanza de sus nombres. Yo, sacerdote católico, cuando subo á la cátedra del Espíritu Santo en estos dias de duelo solo traigo reflexiones provechosas para vuestras almas y oraciones para los difuntos. ¿Qué sería mi alabanza á los muertos en este lugar, Señores? ¿Qué sería? ¡¡El polvo ensalzando al polvo delante de la tremenda Majestad de Dios!! . . . ; Eso sería!! Tal es la reflexion que siempre me suelo hacer á mí mismo en ocasiones semejantes; y tal la que me hago en este momento.

Siempre que desde este lugar tengo de dirigir mi palabra al pueblo cristiano, busco la inspiracion para mi alma en las Santas Escrituras: abramos, pues, el Libro Santo y leamos en él. Caín dijo cierto dia á su hermano Abel: salgamos al campo, y cuando estuvieron en el campo, Caín acometió á su hermano Abel y, arrojándose sobre él, le mató. Abel, inocente y fervoroso, habia excogido lo mejor de su rebaño para ofrecerlo en sacrificio al Señor; Caín, de ánimo protervo y pecho mezquino, habia ofrecido tambien sacrificio al Señor, pero eligiendo para ello lo más despreciable de los frutos de la tierra. Miró el Señor complacido el sacrificio de Abel; pero del de Caín no hizo caso; y desde aquel dia Caín andaba cabizbajo y meditabundo, revolviendo en su interior como tomar venganza de su inocente hermano. Mas apénas hubo acabado de cometer á solas en el silencio del campo su fratricidio, cuando oyó la voz del Señor, que le habia estado mirando, y le preguntaba: Caín, Caín dónde está tu hermano? Caín respondió á Dios con insolencia, se obstinó en su pecado y se abandonó á una estéril desesperacion. . . . La virtud, agradable á Dios; la depravacion y el pecado, que, en su odio

contra Dios, aborrecen todo lo bueno; la inocencia sacrificada por la envidia, en una palabra, Caín y Abel esa ha sido la historia del linaje humano sobre la tierra desde el principio del mundo hasta ahora. Con razon, pues, podemos exclamar todos los dias con las palabras del Ecclesiastés. “¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? lo mismo que se ha de hacer. Nada es nuevo en este mundo.” *Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est. ¿Quid est quod factum est? ipsum quod faciendum est. Nihil sub sole novum.*

Pero ya que en todos tiempos la suerte de la virtud en este mundo ha sido tan desgraciada; ya que por el contrario la fortuna del inicuo es casi siempre próspera y feliz, es necesario concluir, Señores, ó que la virtud es un engaño doloroso, ó que hay un Dios en el cielo, para premiar á los buenos y castigar á los malos.

Es cierto, que la muerte es necesaria, que la muerte es irremediable; que nadie puede librarse de la ley de morir, nadie; y, con todo eso, la muerte, siempre es triste, siempre es funesta, las sombras del sepulcro nunca son halagüeñas. Que se muera el anciano, que ha vivido largo tiempo, cuando ya los sentidos están gastados, débiles los miembros, casi apagada la lumbre de los ojos y, lo que es más, difunto el corazón para las esperanzas de lo por venir, es, Señores, como cuando la fruta ya madura y sazónada cae por su propio peso del árbol donde se había criado; el viento manso y suave de la tarde basta para desprenderla de su tallo y hacerla bajar en silencio á la tierra; pero, siempre es morir; ni aun para el anciano es halagüeña la muerte. Pero morir cuando en el corazón se siente rebosar la vida, cuando los miembros están robustos, sano el cuerpo, vigorosa la razon, llena de proyectos la mente y de esperanzas el alma, ¡ah! entónces morir debe ser amargo, debe ser terrible; es el águila, que cae herida por la mano

cruel del cazador, cuando se preparaba, levantando ufana su vuelo, á enseñorearse de los vientos. . . . Y morir de repente, cuando más seguro estaba uno de la vida; morir, víctima de su propia inocencia, convidado á salir al campo para gozar de su hermosura, y ser allí sorprendido por Caín, que habia de antemano, con la calma feroz de la venganza, preparado su plan y tomado todas las medidas necesarias para ponerlo por obra, ¡ah! Señores, volvamos á repetirlo: ó la Religion católica es la única divina, ó la virtud es un engaño doloroso.

En medio de la dicha y de la prosperidad es muy fácil olvidarse de Dios, blasfemar de su nombre y profesar el materialismo; pero en las desgracias, en los trabajos, en las calamidades, en el dolor, el alma es naturalmente cristiana como dice Tertuliano.

Dos doctrinas se han dividido el imperio de las conciencias y aspira cada cual á reinar, exclusivamente sobre la sociedad humana: la doctrina espiritualista y la doctrina de los goces materiales: la una enseña que el hombre es libre para adorar á Dios como le plazca; ese dogma se llama libertad de conciencia: la otra enseña que fuera de la Iglesia de Jesucristo no hay salvacion, y este es el dogma católico: cada una de estas dos doctrinas ha fundado una civilizacion, una ciudad, para hablar con el lenguaje de S. Agustín. Traigamos esas dos doctrinas junto al sepulcro del que fué Señor Doctor Vicente Piedrahita, y pidámosles que nos enseñe cada cual sus dogmas, porque nuestro corazon está necesitado de consuelo y nuestra alma, de esperanza.

La doctrina de la libertad de conciencia enseña que todo hombre es libre para adorar á Dios del mejor modo que le parezca; segun esta doctrina, tambien cada hombre puede formarse de Dios la idea que quiera, pues, la libertad en los conceptos relativos á Dios es consecuencia necesaria de la libertad para el culto. Toda religion descansa en dos ideas, á saber, la idea de Dios y

la idea de la vida futura y de estas dos ideas nace toda moral, es decir, la regla práctica de las costumbres. Ahora bien, si cada hombre puede tener la religion que quiera, es claro que cada uno puede vivir tambien como le plazca, porque la licerecia de costumbres es efecto necesario de la libertad de conciencia. Pero, en la vida suelen haber días fatales, cuando una desgracia visita el hogar doméstico ó el suelo de la Patria y entónces, para consolarnos, en vano acudiríamos á esas doctrinas, que en los momentos de prosperidad soliamos llamar, ufanos y á boca llena, grandes principios de la civilizacion moderna, luminosas conquistas del siglo XIX.

Hoy la muerte ha visitado el hogar doméstico de una de las familias más honorables de nuestra República. . . . La sociedad noble y culta de la Capital y de Guayaquil están de duelo, el jóven Dor. Vicente Piedrahita ha sido alevosamente asesinado. Noble por la sangre que corria en sus venas, más noble por sus costumbres, de ingenio claro y de palabra fácil, de rica y variada ilustracion, caballeroso por carácter, franco y sin doblez, en su carrera literaria distinguido entre no vulgares ingenios, íntegro y justo en el desempeño de los cargos públicos, inconstastable en administrar justicia, Piedrahita poseía dotes verdaderamente sobresalientes: en su anchay espaciosa frente ostentando estaba con gallardía entrelazados los timbres de la ciencia con los laureles del poeta: los buenos tenian puestos en él sus ojos para amarlo; y los malos, para aborrecerle. Alejado de los negocios políticos, se habia retirado al campo, donde vivia ocupado en trabajar una pequeña heredad suya, y allí su corazon expansivo y generoso encontraba en su digna hermana los encantos del hogar doméstico en las castas dulzuras del amor fraternal. Una hermana, noble y pura, el trabajo en el retiro del campo, á la sombra de la cruz que santificaba el hogar doméstico, parece que prometian á Piedrahita vida risueña, pasada léjos del bullicio de

las ciudades en la paz y en la tranquilidad; pero el ojo avizor del homicida se puso á contemplar aquella familia cristiana, y una tarde, cuando ya las tinieblas de la noche, derramándose por los campos, convidaban al descanso, se vió de repente turbada la paz, alterada la tranquilidad del ántes pacífico hogar doméstico. Piedrahita habia salido de su casa ántes de ponerse el sol; y la luz de la aurora del día siguiente encontró la casa desierta y solitaria, y fué á alumbrar allá á lo léjos una sepultura, cuya tierra ensangrentada estaba todavía fresca, pues acababan de revolverla manos mercenarias. . . .

Ahora es cuando hemos de palpar cuán tiernas, cuán consoladoras, cuán divinas son las enseñanzas católicas. Negada la existencia de la vida futura, ó admitido un Dios que no cuida para nada de los hombres, que mira por consiguiente con los mismos ojos el vicio y la virtud, el hombre pondrá toda su felicidad en gozar aquí en la tierra de todos los bienes posibles, y para conseguirlos, no perdonará medio alguno. ¿Y quién podrá castigarle? quién tendrá derecho para llamarle criminal? ¡Oh! doctrina de la libertad de conciencia cuán funesta has sido para las naciones; cuán amarga para las familias! ¡Qué sarcasmo tan cruel para una hermana, que llora desconsolada la pérdida de un hermano, decirle: no llores, que el matador de tu hermano no ha cometido crimen ninguno dándole muerte, porque obró segun el dictámen de su conciencia, cuya libertad debemos respetar!! Doctrina cruel, doctrina infame!! ¿Por medio tuyo qué crimen no se podría justificar? . . .

En el tercero libro de los Reyes se cuenta que despues de la muerte de Saul se dividió el pueblo de Israel en dos bandos; la tribu de Judá reconoció por rey á David; las otras tribus eligieron por rey á un descendiente de Saul, llamado Isboeth, y hubo guerra entre los dos reyes, cada uno de los cuales conservaba ejércitos dispuestos á la batalla. Entre tanto, dos caudillos

de ladrones conciben el proyecto de asesinar á Isboseth, y un día, cuando éste se hallaba durmiendo la siesta en su cama, entraron secretamente en su aposento, le mataron y cortándole la cabeza tomaron el camino del desierto, anduvieron, sin descansar, toda la noche y por la mañana llegaron al campamento de David y le presentaron la cabeza de su competidor, esperando recibir por ello un gran premio. Horrorizado el santo rey del crimen que aquellos hombres acababan de cometer, mandó darles muerte al instante, disponiendo que la cabeza de Isboseth fuese llevada á sepultar en el sepulcro de sus padres. Hermoso ejemplo de virtud dado por aquel gran monarca á todos los que gobiernan los pueblos: aquellos hombres se habian olvidado, sin duda, del Dios de sus padres, del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, cuya justicia tanto temia el santo rey David.

### III.

El hombre no perece completamente: su alma inmortal, libre del cuerpo donde habia vivido prisionera, vuela á las regiones de la eternidad para ejercitar allá incesantemente sus dos nobilísimas facultades, de conocer y de amar: el cuerpo, formado del polvo de la tierra, se convierte otra vez en polvo, pero, él tambien un día volverá á vivir, cuando de nuevo vuelva á sentir el contacto del espíritu, que lo animaba en vida. Por eso la Iglesia católica pone la cruz sobre la sepultura de sus hijos, es decir, el símbolo de la vida entre los trofeos de la muerte. ¡Santa Iglesia católica! Cuán sublimes son tus doctrinas! cuán tiernas las prácticas de tu culto! Así como cuando recién venimos á la vida la Iglesia nos toma en sus brazos para presentarnos á Dios; así tambien cuando se acaba para nosotros la vida vuelve á recoger nuestros despojos mortales para bendecirlos y guardarlos á la sombra del santuario, donde los custodiará has-

ta el día de la resurrección general, que espera con fé incommovible. ¡Oh habeis detenido á considerar alguna vez, despacio, las augustas ceremonias de la Iglesia católica? Las habeis considerado con detencion, Señores?

La Santa Escritura pondera la constancia y amor de aquella madre singular, Resfa, que permaneció, vestida con un saco de duelo, por tres meses enteros sentada al pié de la cruz de sus dos hijos, á quienes los Gabaonitas sacrificaron sobre la cumbre de un monte en expiacion de los pecados de Saul. Allí se estaba Resfa, dice la Escritura, ahuyentando á las aves de rapiña durante el día, y de noche impidiendo que las fieras viesesen á devorar los cadáveres de sus hijos. En esa madre extraordinaria encuentro yo una patética imágen de la Iglesia católica, esa otra madre espiritual más amorosa de sus hijos que muchas madres terrenales. ¡Cuánta solicitud no muestra, qué reverencia y cuidado para con los despojos mortales de sus pobres hijos! Depuestas las galas de sus grandes días de fiesta, vestida con ornamentos de duelo, despoja de flores y adornos el altar sagrado, cubre el templo con paños de luto, el tañido monótono y lúgubre de las campanas se difunde á lo léjos, enciende cirios mortuorios, y, entonando cánticos de dolor, sale á recibir á la puerta del santuario el cadáver; y, cuando todo anuncia que la muerte ha triunfado, que la vida no existe ya; cuando á cualquiera parte que se vuelvan los ojos no se ven sino señales de destruccion, la Iglesia entona su himno de esperanza, ese cántico de la vida: *Regem cui omnia vivunt venite adoremus*; venid adoremos al Rey, para quien todas las cosas viven. ¡Qué contraste, Señores, entre este aparato fúnebre y las oraciones de la Iglesia! Entre este pomposo festejo de la muerte y los cánticos de la vida! ¡Ah! Es porque sólo la Religion católica ha comprendido lo que es el corazon humano: todo este aparato de duelo ha sido santificado por la Religion, porque ella nos estimula á llo-



rar por los muertos; nos acompaña en nuestro llanto y ella también llora; pero no cesa al mismo tiempo de hablarnos de la vida. Mas, ¡ay! para Piedrahita no hubo cánticos de esperanza, no hubo ceremonias augustas, nadie bendijo su cadáver, . . . en silencio, sin lágrimas ni acompañamiento, fué llevado apresuradamente á la sepultura, cual si hubiera sido el cadáver de un extranjero ó de un advenedizo en su propia Patria. . . . y al cadáver de un ciudadano benemérito se le negó lo que se concede hasta á los criminales, los póstumos honores de la tumba! . . . .

Hoy la Iglesia, la Iglesia católica, esa santa Iglesia á la cual amó tan sinceramente Piedrahita, ha pronunciado para él su palabra postrera, esa palabra misteriosa y consoladora, esa palabra que sólo una Religión divina era capaz de pronunciar, como la despedida del mundo, como el último adios dado á la vida, por los que se mueren y contestado por los que todavía nos quedamos á este lado del sepulcro: *Requiescat in pace*, descansa en paz. ¡Qué palabra, Señores! La idea del descanso unida á la de la muerte y contrapuesta á la idea de la vida. . . . Vivir es por lo mismo trabajar, fatigarse, peregrinar, sufrir; y la muerte descanso al trabajo, á las fatigas, á la peregrinación, al sufrimiento. . . .

*Requiescat in pace.* Descansa en paz!!! Descansa en paz, oh viajero, que despues de tantos dias de peregrinación has llegado por fin al término de tu camino; estabas desterrado y has vuelto á tu patria, estás ya en ella, descansa en paz, pues mientras vivimos en este mundo, peregrinamos lejos del Señor: *Dum sumus in corpore peregrinamus.*

*Requiescat in pace.* Jornalero, abrumado bajo el peso del trabajo, llegó ya la hora del descanso! El calor sofocante del dia se ha mitigado; soplan las frescas brisas de la tarde; el sol ha traspuesto ya el horizonte, las sombras vienen á prisa, y es ya hora del descanso, porque

la vida del hombre es como la de un jornalero que aguarda el día de la retribucion. El hombre nacido de mujer, dice Job, vive poco tiempo y ese de poco tiempo, lleno de muchas miserias y sus días son trabajosos como los del jornalero. *Homo, natus de muliere brevi vivens tempore repletur multis miseriis, et sicut dies mercenarii dies ejus.* Y no en vano pondera Job que el hombre es nacido de mujer, es decir, que su origen es debilidad, temor, delicadeza. *¡Homo natus de muliere!!*

*Requiescat in pace.* Descansa, oh cautivo: tus cadenas han sido rotas, quebrantados tus grillos, abiertas de par en par las puertas de tu prision: ya no abrá para tí fatigas, se acabó el monótono padecer; allá en el sepulcro, segun la palabra de la Eseritura Santa, es donde van á descansar los que están consumidos de fatigas: *ibi requieverunt fessi robore:* y allí están, sin sufrir ya molestia alguna, ni oir la voz del carcelero aquellos que en otro tiempo estaban aherrrojados en cadenas: *et quondam vincti pariter sine molestia, non audierant vocem exactoris.* (1)

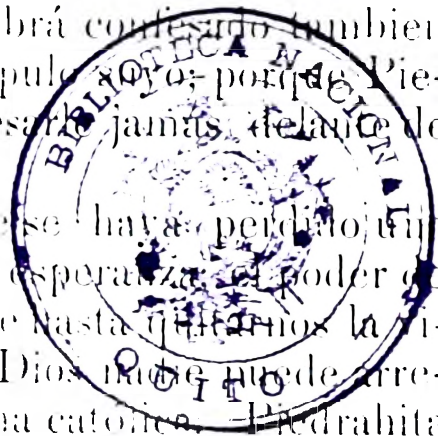
Hé ahí el profundo significado de esa palabra *requiescat*, descansa, que pronuncia la Iglesia católica al depositar el cadáver de sus hijos en la tumba: es palabra de deseo, es palabra de bendicion, es palabra de parabien. *Requiescat in pace:* venga para tí la vida eterna; concédate el Señor los gozos perdurables; triunfaste, cínctete la corona del vencedor, descansa. ¡Que dicha la de ser católicos, Señores? ¿y por qué no se ha pronunciado esa palabra sobre el cadáver de Piedrahíta? Por qué se ha alejado de su tumba al sacerdote católico? Por qué su cadáver no fué llevado al templo para que orara sobre él la Iglesia católica? Por ventura en esa su clara inteligencia habia penetrado, talvez, la duda irreligiosa? Hubia renegado acaso, el hijo de una mi-

---

(1) Job.

dre cristiana del Dios á quien aprendió á conocer y amar en el regazo materno? ¡Oh! Jesucristo, ¡Oh! Dios del cristianismo, á quien aprendemos á conocer en el regazo de nuestras madres. . . .! Vuestro santo nombre está unido para nosotros con esos tiernísimos recuerdos de nuestra infancia y no es posible que lo olvidemos jamás: fué la primera palabra que entre caricias y cuidados nos enseñaron á pronunciar nuestras buenas madres y tiene para nosotros toda esa ternura inefable de su amor, toda esa encantadora gracia del cariño con que nos sonreya en la cuna. . . .! No, Piedrahita no os había olvidado. . . . Amó á su anciana y buena madre con amor sin igual: esa madre era cristiana, y, cuando Piedrahita, herido de dolor, se abalanzó sobre ella, viéndola espirar, el santo nombre de Dios fué la última palabra que sus oídos alcanzaron á oír pronunciar á los labios moribundos de su madre, y ese santo nombre fué la palabra postrera con que los labios maternos se sellaron para siempre. No: no: era imposible que lo olvidase jamás! . . . Católico sincero, amó á la Iglesia y se gloriaba de profesar en público las doctrinas católicas. En la eternidad, Jesucristo lo habrá confesado también delante de Dios Padre por discípulo; porque Piedrahita no se avergonzó de confesarlo jamás delante de los hombres, aquí en la tierra.

Es imposible, Señores, que se haya perdido una alma que tenía puesta en Dios su esperanza: el poder de los impíos no se extiende más que hasta que terminamos la vida miserable del cuerpo: pero á Dios nadie puede arrebatarlo de la conciencia de un alma católica. Piedrahita ha muerto repentinamente, asesinado á traición, cuando era inocente, sí, es cierto. . . . Piedrahita pudo haber dicho, al caer en el campo al tiro mortal de sus enemigos: pudo con el profeta del dolor haber exclamado viéndose morir de repente, en los días de su juventud, cuando todo le prometía vida larga, próspera y tranquila. *En*



*nidulo meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies,* como la palma vividora multiplicaré mis días y en mi hogar moriré tranquilo; y cuando llegue el día de mi muerte, lleno de años, bajaré al sepulcro, al modo que el monton de trigo, á su debido tiempo, se recoge en la panera. *Ingredieris in abundantia sepulchrum, sicut infertur acervus tritici in tempore suo.* Pero Dios ha tenido á bien entregarme en manos de los impíos. . . . y he aquí que yo, tan dichoso algun día, de repente he sido reducido á la nada. *Manibus impiorum tradidit me. . . . Deus. . . . Ego ille, quondam opulentus, repente contritus sum.* Mi enemigo traspasó mi costado; me cubrió de heridas sobre heridas, y no tuvo piedad de mí hasta esparcir por el suelo mis entrañas, *Convulneravit lumbos meos: concidit me vulnere super vulnus, non pepercit, et effudit in terra viscera mea.* (2) Empero tú, oh Dios mio, tú has sido mi esperanza, desde que yo estaba colgado de los pechos de mi madre: *spes mea ab ubéribus matris meae:* Mi madre desde que estuve en sus entrañas me arrojó en tus brazos; así es que desde el seno materno te tengo por mi Dios: *in te projectus sum ex utero: de ventre matris mee Deus meus es tu:* ten compasion de mí, porque se acerca la hora de mi tribulacion y no hay quien me socorra: *ne discesseris a me; quoniam tribulatio proxima est: quoniam non est qui adjubet.* Yo he procedido con inocencia, sálvame Señor, y apiádate de mí: *ego autem in innocentia mea ingressus sum: redime me, et misere-re mei.* (3)

¡Oh! Señores, cuán grande es la dicha de ser católicos! Cuánto más conozeais lo que es la Iglesia católica, más la amareis! Habeis meditado alguna vez sobre las ideas que el catolicismo procura infundir á los hombres acerca de la muerte? La muerte es un sueño, cuyo

---

(2) Job.

(3) De los Salmos.

despertar no tardará: *nolite contristari de dormientibus*: no os aflijais por los que duermen el sueño de la muerte; ese cuerpo, que ahora yace convertido en polvo, se levantará un día, transformado con dotes maravillosas: *seminatur corpus animale et surget spiritale*; y no habrá ya más muerte, ni dolor: *et mors non erit ultra*.

No hay cosa tan humillante para el hombre como la muerte: esa podredumbre, ese polvo asqueroso, esa nada á que nos vemos reducidos, avergüenza, humilla, confunde nuestra soberbia. ¿Qué sería de nosotros sin la esperanza de la resurreccion? Seriamos los seres más desgraciados que existen sobre la tierra!! . . . Piedrahita, ¡ah! Piedrahita! Ahí está. . . . vedlo. . . . Tendido yace sobre el polvo, bañado en su propia sangre, lívido el semblante, sus labios apénas se mueven con las postre-ras convulsiones de la agonía, miéntras que allá desde léjos, á hurtadillas, le está contemplando el matador, en cuya faz se pinta la feroz complacencia del éxito feliz de su crimen! . . . Nobleza de la sangre, riquezas, magistratura, ciencia, poesía, sois una burla; todo desapareció al golpe alevoso de una mano fratricida. . . . ¡Oh! Señores, sobre la tierra no hay otro bien más precioso que el de pertenecer á la Iglesia católica: considerad despacio todas las circunstancias de la muerte de Piedrahita y decidme sino es el catolicismo la única Religion que puede darnos aliento y bríos para sobrellevar las desgracias de esta vida. ¡Oh! Piedrahita creíste en Jesucristo y esperaste en él, tu esperanza no será burlada: Dios no perderá tu alma con los impíos; ni los sanguinarios podrán ya, de hoy más, quitarte la vida; sus manos han obrado iniquidades, su diestra está llena toda de sobornos; más tú has sido inocente. *Ne perdas cum impiis Deus animam meam, et cum viris sanguinum citam meam: in quorum manibus iniquitates sunt: dextera eorum repleta est muneribus. Ego autem in innocentia mea. Requiescat in pace,* descansa en paz. Asi sea.